

IN MEMORIAM DE LA TIA INÉS

En medio del dolor que produce la partida de Inés o como cariñosamente todos la llamábamos “la tía Inés”, resulta un bálsamo recordar su memoria mediante el relato o la mención de algunas anécdotas y experiencias en las que ella estuvo siempre presente con su sonrisa, su alegría y su indiscutible don de gentes.

Quizás muchos de los jóvenes o recién llegados a esta familia solo la conocieron en sus últimos años cuando progresivamente se iba deteriorando mental y físicamente, hasta llegar a una situación límite en la que se pierde la posibilidad de reconocer al otro o de poder entablar una conversación elemental. Lo curioso es que, a pesar de estar fuera de este mundo, a lo mejor en su mundo íntimo, tenía momentos de especial lucidez como para atreverse a seguir una tonada con todos el sentimiento que ella encierra. Letras de viejas canciones que cantó en su infancia o adolescencia, todavía estaban allí, en su cabeza, para ser recordadas no sin un dejo de nostalgia, la nostalgia que deja el imperdonable paso de los años que nos lleva a afirmar que “todo tiempo pasado fue mejor”. A lo mejor así lo sentía y lo pensaba cuando evocaba versos que declamaba con lucidez maravillosa o letras de canciones que recordaban los paseos a Támesis o los baños en el río Cartama cuyos aguas aún eran cristalinas y cálidas y permitían zambullirse con indecible deleite.

La tía Inés fue una persona que siempre estuvo al lado de la familia Jaramillo Uribe. Basta ver algunas de las fotos de cuando los mayores estábamos aún muy niños. Allí, ella, sonriente, siempre aparecía con su uniforme de colegiala, lo que permite adivinar que, cuando salía del colegio, se iba para la Circular 2ª a ayudarla a mamá en la fantástica, pero difícil y admirable tarea de cuidar muchachos. Seguramente le tocaba limpiarnos cuando, producto de los juegos, nos ensuciábamos o nos ayudaba a elevarnos en el columpio que papá había colocado en el patio con una barra adicional para hacer ejercicios y que estaba al lado de un mediano arbusto de brevo cuyos frutos degustábamos, como postre del almuerzo, en almibarados dulces. Allí, en esos juegos estaba la tía Inés vigilante, pero también permisiva con todas las travesuras de nosotros.

Recuerdo vívidamente cuando en ocasiones nos invitaba a hacer el mercado de frutas y verduras a la Plaza de Cisneros y, mas concretamente al desde entonces llamado «el Pedrero» que con el pasar de los años se fue convirtiendo en un nido de ratas, de cola y sin cola, y de inseguridad. En aquel entonces era una apacible arcadia donde llegaban los campesinos a vender sus productos. La tía Inés tenía una «marchanta», palabra que aprendí desde aquel entonces. Esta «marchanta» era la preferida de Inés y a ella le compraba casi todo lo que ella mercaba, no sin antes saludarla muy cariñosamente y tratarla muy bien. Al término del mercado, había varias opciones: o bien contratar una carretilla tirada por un humano o por caballo, coger un bus o tomar un taxi. Casi siempre la última opción resultaba la elegida. Esa tarea la asumía Inés con dedicación y esmerada responsabilidad casi todos los sábados.

Igualmente, Inés nunca faltaba a cuanta celebración de los Jaramillo Uribe hubiera. No faltaba ni a los cumpleaños, ni a las primeras comuniones, ni a las celebraciones navideñas donde su rol era decisivo: nada menos que reemplazar al niño Jesús con los regalos del 24 y estar atenta a la quema de la pólvora, las chispitas

Mariposa, los danzarines totes o en la elevada de los globos que caían en la Bolivariana. El 24 a eso de las 10:00 u 11:00 de la noche ella, sigilosa, se iba a la casa de abuelita que quedaba cerca, pues allí estaba la bodega secreta del niño Jesús o los “traídos”, como suele decirse. Esos “traídos eran espectaculares y siempre me he preguntado cómo hacía papá para que le rindiera tanto la plata. Claro que para Inés esa era la peor noche de su vida. Pues cuando alguien a media noche se despertaba y encontraba su “traído”, inmediatamente corría la bola a todos los demás y la pobre Inés se cansaba de suplicar que la dejaran dormir. Cada quien se estrenaba la ropa o le daba por patinar, montar en bicicleta o qué se yo. Era toda una algarabía que Inés terminaba aguantándose. Eso le pasaba por impostarse de niño Jesús.

La recuerdo cuando trabaja en el almacén Stella vendiendo imágenes de santos, rosarios, escapularios, novenas y demás artefactos religiosos. El dueño del almacén, a quien le decían Manolo, era un español que había puesto este almacén en un sitio estratégico. Nada menos que en Junín cerca al Parque de Bolívar. Al lado quedaba un bar llamado Metropól donde acudían los intelectuales y poetas de la época, entre ellos los nadaístas. Un día llegó para la venta -importando desde España- un pesebre español muy semejante al que se exhibía cada navidad en la iglesia de Jesús de Nazareno. Inés convenció a mamá de que lo comprara, pero papá se oponía porque era una adquisición muy costosa y, sobre todo, porque le parecía muy estorboso, pues no había donde guardarlo al terminar la navidad. Pero pudieron mas las súplicas de mamá y el pesebre, con un portal enorme y numerosas figuras en yeso casi perfectas llegó a la Circular 2ª para quedarse y ya son varias las generaciones que año tras año desfilan para admirarlo, claro que nunca como cuando papá hacía motañas pintadas sobre el papel encerado a las que le pintaba volcanes con nieve, o los que nosotros hicimos simulando las llanuras de oriente, con palmeras, ríos, camellos y dromedarios y las casitas cuadradas de cúpula de troncos de madera.

Después de trabajar muchos años en ese almacén, se vinculó al Banco Industrial Colombiano que también quedaba en Junín unas cuantas cuadras más hacia el sur. Allí por su don de gentes y su trato amable con los clientes, pero sobre todo por su sentido de responsabilidad y honorabilidad, virtudes que son muy ponderadas en los bancos, fue ascendiendo hasta escalar el puesto de manejo internacional de negocios y divisas, con el que se pensionó.

Pero una vez pensionada no se quedó quieta en casa. Compraba joyas, sobre todo de plata, y las revendía. Tenía su clientela exclusiva y al parecer le iba muy bien. Alguna vez viajó a Cali en bus para comprar mercancía, porque allí existía un proveedor grande y con variando surtido de joyas de plata, sus preferidas. Siempre me preocupaba su salida con esas joyas, pero, por fortuna, nunca le robaron.

Además de la pensión y de los ingresos extras de la venta de joyas, recibía otros dineritos provenientes del alquiler de inmuebles de su propiedad. Pero su afán no era acumular dinero, sino poder disfrutarlo y colaborar con las personas más desprotegidas y desvalidas, sobre todo los ancianos. Estuvo en Europa, la India, Tierra Santa hasta donde recuerdo y se gozaba cada uno de los sitios. Cuando hablaba de los viajes era una delicia, porque describía a la perfección cada uno de los sitios, la Giraldlilla en Sevilla, la mezquita de Córdoba, los museos del Escorial y del Prado en Madrid, el Tal Mahal en la India, la Iglesia de Belén, el Monte de los Olivos, Nazaret en Tierra Santa. En fin, fueron innumerables los sitios que conoció y disfrutó hasta la saciedad.

Pero como dije atrás, fueron muchas las acusas sociales en compañía de religiosas de hábito, porque Inés era una religiosa sin hábito y sin vivir en un convento. Quizás pocos conozcan que fue ella la que rescató al gran compositor colombiano Crescencio Salcedo que vendía en Junín, en la puerta del Almacén Ley, flautas hechas de latón y que tocaba con una envidiable maestría. Cuando yo salía de la Universidad, la UPB, una de cuyas sedes quedaba en la Playa me venía por Junín a juniniar (el verbo “juniniar” debería estar en el Diccionario de la RAE) antes de tomar el bus en la Plazuela Nutibara. En Junín me quedaba observando ese mago de la flauta, con sus pies descalzo y vendiendo esas flauticas hechizas. Pocos sabían que ese hombre enjuto, con una camisa sucia y sin zapatos, era una de las glorias del folclor colombiano, con innumerables canciones de su autoría, entre ellas el Año Viejo que es el himno nacional de los 31 de diciembre. Todas las regalías se las robaron y terminó en la más inhumana pobreza e indiferencia del Estado. Inés lo protegió y le consiguió un asilo donde ya podía estar los últimos días de su vida, con algo de comida y una cama para reposar. Allí en ese asilo que le consiguió Inés y que seguramente le pagaba, murió este gran hombre con el que Colombia y los colombianos tenemos una deuda infinita, como le ocurrió ese gran vate también costeño, de Cereté, Raúl Gómez Jattín, cuya maravillosa y bien elaborada obra poética, perdida, solo ahora se está reconociendo, como la portentosa producción musical de Salcedo.

Pero así como ayudaba a ancianos, también ayudaba a familias que vivían en extrema pobreza. Sus numerosos viajes al Chocó llevando mercados y ropa usada eran un ejemplo de admirar. En fin, seguramente muchas personas que la conocieron la recordarán por su generosidad y entrega solidaria en esos sitios apartados de la Colombia profunda donde el Estado es un ente ausente, menos para personas que como Inés ponen su granito de arena para dar un poco de felicidad.

Tuvo un amor platónico, nada menos que el gran compositor, arreglista e intérprete Luis Uribe Bueno que, entre sus más de seiscientas composiciones, estaba una que se llamaba «Inés». La tía Inés la mencionaba con orgullo y tenía por qué sentirse orgullosa, ya que fue ella la fuente de inspiración para el Maestro Bueno. Tengo entendido, aunque no estoy seguro, que la Filarmónica de Bogotá la interpretó en un homenaje que le hicieron a nivel nacional. Luis Uribe, como Inés, gustaba de la guitarra, el tiple y la bandola, pero sabía que Bueno, como maestro que era, los tocaba a la perfección. En Sonolux trabajó muchos años y allí vigilaba por la calidad de los discos que se producían y por su propia producción. Ese personaje, vecino de San Joaquín, fue una de las glorias musicales del país y un gran amigo y eterno enamorado de Inés.

En fin, sería muy difícil poder condensar en unas pocas líneas lo que fue la trayectoria de Inés, o de Inesita como también le decían, pero si algo sabía, era lo que es “vivir sabroso”, gozar de cada flor, maravillarse por los paisajes y los atardeceres, pero también frente a una catedral gótica o frente a las piedras rosadas del Tal Mahal. Su entrega desinteresada a los más necesitados no tuvo límites. Como dije al principio, desgraciadamente el tiempo no pasa en vano su paso silencioso va produciendo estragos en el cuerpo y en la mente. Uno de sus últimos *hobbies*, fue hacer crucigramas con Carlos. Al parecer poco o nada le ayudó para fortalecer las conexiones neuronales o quizás sí como lo reflejaban esos pequeños destellos de lucidez que tenía en ocasiones. Pero por fortuna tuvo en esta etapa de su vida dos personas, Germán y Dorita, que la acogieron como ella acogió a Salcedo. Esto, por supuesto, no significa

fueron muchas personas de esta envidiable familia, que como Germán y Dorita siempre estuvieron pendientes de ella y la visitaban con frecuencia. Como dijo Pilar, ayer se apagó esta vida que deja muchos maravillosos recuerdos, pero sobre todo enseñanzas de vida: su preocupación generosa por los más necesitados.

Juan Manuel
Gaia 10 de junio de 2022